

La educación

Luis Fernando Mejía¹

Desde el pasado llegan plenas las luces del filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) con la afirmación de que "la educación es el problema mayor y más difícil que pueda plantearse el ser humano". Y sin perder el ritmo de la inteligencia, Gabriel García Márquez clama en 1993 por "una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera a sí misma".

Estas frases maestras, además de bellas, desparraman una elocuencia aplastante. Es probable que hayan servido (repetidas por muchos en mil maneras) para que ningún cafre vestido de seda se hubiese atrevido a desconocer expresamente el valor de la educación desde tiempos inmemoriales y en las sociedades más primitivas. La historia no registra movimientos sociales contra la educación, en abstracto. Se reiteran sí, protestas en todos los rincones del mundo contra sus altos costos y a su inadecuada financiación, antes que impugnaciones radicales a la mala educación impartida por el aparato escolar.

Es la educación formal, creada para desarrollar y potenciar las virtudes y habilidades humanas en aras a perfeccionar la vida en comunidad, a la cual se están refiriendo, básicamente, Kant y nuestro premio Nobel; el primero la dimensiona al máximo, y el segundo la adhiere a la persona desde el mismo día del parto y para siempre.

Sin embargo, no bastan los pensadores acertados. Los aviones grandes y pequeños son conducidos por pilotos profesionales y avezados, pero la educación, entre nosotros, se perpetúa con la dirección de maestros improvisados que nunca adquieren conciencia de sus alumnos estrellados.

Así, entonces, los niños más pobres, entre cero y seis años, son atendidos, en reducidos espacios, por las llamadas madres comunitarias, estoicas amas de casa, con escasa escolaridad y modesta remuneración. Y de este modo se hace creer que se está al día con el cumplimiento del precepto de educar desde la cuna. ¿Serán madres comunitarias por vocación o por necesidad? ¿Estas buenas madres estarán preparadas para despertar las mentes y sentimientos de las criaturas a su cargo?

Aparna Mehrotra, experta del programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo recalca lo ya indiscutible de que " la investigación biológica y educacional demuestra que el desarrollo de la inteligencia, la personalidad y el comportamiento en los seres humano ocurre más rápidamente durante los primeros años. De hecho la combinación entre la tasa de crecimiento del cerebro durante los dos primeros años y el efecto de la estimulación sensorial sobre la estructura y organización de los sensores neuronales, explica por qué la mitad de todo el desarrollo potencial del intelecto se haya producido antes de los cuatro años de edad".

¹ Facultad de Ingeniería. Universidad de Antioquia, Medellín. Correo electrónico: lfmejia@udea.edu.co

Es verdad, entonces, que el niño en los primeros años se debe mantener en cuidados intensivos, con el fin de que nada o nadie lo atrofie o deforme. Es en esta circunstancia donde vuelve a ganar significado el refrán de que “árbol que nace torcido jamás su tronco endereza”. La niñez es la época de tejer, con los más finos hilos conceptuales, los valores con las habilidades y destrezas. Pero esta tarea no puede partir de la cabeza de simples aficionados. La función de educar debe atraer a los mejores talentos con una alta formación académica.

Parece que nadie ha investigado el futuro real en el que aterrizan estos niños cuando llegan a la edad adulta. ¿Cuántos años de escolaridad alcanzaron? ¿Son trabajadores formales o informales? ¿cuántos han ingresado a la cárcel? ¿Cuántos han concluido una profesión universitaria? ¿Cuántos son drogadictos? ¿Cuántos son desempleados? ¿Cuántos murieron tempranamente? Estas preguntas ya deberían estar resueltas si la sociedad tuviera conciencia de que su principal riqueza no es otra que los seres humanos que la integran. Nada sustituye el deber de formar personas con características más humanas que instintivas, es decir, seres autónomos, libres y responsables.

Ningún niño se merece una madre comunitaria, sino una mamá y un papá, que compartan la educación de sus hijos con maestros profesionales, con hombres y mujeres dotados de vocación y aptitudes para liderar el desarrollo humano de la niñez, cuyo reconocimiento social pasa, obligatoriamente, por una excelente remuneración que compita con las profesiones más apetecidas por el mercado. Establecida esta condición es, entonces, posible empezar hablar de educación de calidad. Un docente sin las calidades profesionales antes descritas siempre será mediocre aunque certifique infinidad de cursos de capacitación pedagógica y adquiera o tenga acceso a los computadores de última generación.

Los seres humanos exigen ser educados aunque al momento de iniciar el camino terrenal parezcan angelitos dotados de virtudes divinas y eternas. Sin embargo el tiempo siempre se encargará de demostrar las diabluras a que pueden llegar, especialmente si su formación se forjó en la intemperie como si se tratara de animales salvajes. “Somos la especie más peligrosa del mundo” concluyó el sociobiólogo estadounidense Edward Osborne Wilson, lo cual amerita tomar medidas preventivas, pero no a partir de nuestras madres comunitarias.